

La desaparición del Padre Alberto Arraño, S.J., me sacude el alma, agitando multitud de cálidos recuerdos.

Lo tuve a mi lado en los momentos más difíciles de la SECh (Sociedad de Escritores de Chile). No digo de la SECh, digo del país. Gracias a su ayuda generosa, y a la de su agrupación de ex seminaristas, fue posible mantener en pie el funcionamiento de la Casa del Escritor en tiempos de grave infortunio económico.

De veras, resulta una presunción escribir "lo tuve a mi lado" cuando la realidad es que el espíritu justiciero de Alberto Arraño lo llevaba siempre a hacer causa común con la batalla de los desposeídos.

No obstante su temple natural de hombre apartado de bullicios, las faenas de las letras y sus ceremonias de estado público lo encontraban siempre en su mejor disposición de ánimo. Como auténtico hijo de Dios y de fiel servidor de sus designios, carecía, en este gremio, compuesto a la postre por gente tan mundana, de todos esos defectos más que vistosos -la envidia, el afán de competencia, el comentario torcido- con que suele hacer su carnaval la literatura.

Cuando arribé a Las Últimas Noticias en 1947, la colaboración de Alberto Arraño sustentaba en estas páginas data antigua. La limpieza de su prosa me fue encomiada al punto (o "al tiro" como se diría ahora) por un juez de jueces: el entonces director del diario. No tardé en conocer en persona al autor de las estampas de corte campesino, que, recordando la enseñanza de estilo del "Libro de Sigüenza", (Gabriel Miró), renovaban el fluir de la corriente criollista.

Facultado para leer el programa de la naturaleza en la modestia de sus detalles, Alberto Arraño no descuidó nunca, en todo el curso de su existencia literaria, esta lealtad para con las pequeñas cosas que le habían abierto los ojos al mundo en las vecindades de su región de Pichilemu.

El Padre Arraño

Por Luis Sánchez Latorre

En los muchos años que formaron mi experiencia con la vida de la SECh por lo menos cuatro sacerdotes aparecen

ligados, de una manera u otra, a los desvelos para tornar más digna la audiencia del oficio intelectual: el Padre José Miguel Ibáñez Langlois, el Padre Alfonso María Escudero, el Padre Fidel Aranedo Bravo y el Padre Alberto Arraño Acevedo.

De todos ellos, Fidel Aranedo Bravo y Alberto Arraño llevándose las palmas en el denuedo para entretenerse sin temor con elementos casi paganos.

Recuerdo que en 1969 la SECh tenía dos representantes entre los cinco que integraban el jurado del Premio Nacional de Literatura. A la hora de elegirlos, dos nombres de sacerdotes saltaron a la palestra para ocupar uno de los puestos: el P. Alfonso María Escudero y el P. José Miguel Ibáñez Langlois. Por amplia mayoría de votos ganó el P. José Miguel Ibáñez Langlois. En su minuto este voto permitió la designación de Nicanor Parra como Premio Nacional de Literatura. Si la elección de la SECh hubiese ungido al P. Alfonso María Escudero, su voto, según se supo después, habría favorecido al novelista Carlos Droguett.

Como consecuencia de la designación de Ibáñez Langlois, el novelista Carlos Droguett no demoró en hacerme la cruz, como si yo hubiese sido el Diablo que, años más tarde, creyó ver en mí el Dr. Rodolfo Oroz, bellísima persona aún antes de cantar la palinodia.

Al margen de la estética intemporalidad de sus prosas campesinas, donde parecían reencontrarse en este mundo Mariano Latorre y Luis Durand, el Padre Alberto Arraño fue un lúcido testigo de las simpatías y diferencias de una extensa época de nuestra literatura.

Un diario, debido a su pluma, acerca del tema sería un hallazgo. La discreción del sacerdote, sin embargo, disuade del intento.

El Padre Arraño [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Padre Arraño [artículo] Luis Sánchez Latorre.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile